LEALTAD EN EL RECUERDO

¿Cinco años? ¿Quién aplica la medida del corazón a la medida del tiempo? Igual pudieron ser cinco siglos que cinco eternidades. Para Estela habían sido, por lo menos, cinco años de ir contando uno a uno los días, tan largos, tan largos, que ya aquellas *cadenas de amor*, plantadas el primer día —"en símbolo de nuestro amor que ha de tener para los dos fuerza de cadena"—triunfaban en la florescencia roja de su plenitud en el cerco de caña, desbordadas del *balag*[125] de bambú, camino del cielo en una ficción de alas, a fuerza de ir trepando por los *harigues*, por las ventanas, hasta por la *nipa* del techo proyectado contra el azul.

Pero Dios es bueno y hasta los cinco siglos o las cinco eternidades culminaban en esta tarde gloriosa de mayo. En el calendario de su memoria, Estela desprendía la última hoja. ¡Lástima que no fuera hoja de verdad, con la cifra y el día —15, sábado— bordados en oro, para que pudiera tenerla clavada en lo más destacado de la casa, como un trofeo o como una recordación! ¡Lástima que no pudiera tenerla grabada en letras de ascua sobre el cuerpo y sobre el alma para que le recordase a ella en la gloria del porvenir los martirios del pasado!

Pero, ¡qué idiota!, ¡qué loca!, ¡si hasta lloraba!, ¡si hasta la canción en que debió estallar, nacida de lo más profundo de las entrañas, era ya un sollozo muy hondo y era un ahogo húmedo en la garganta!

Se irguió, se perfiló en toda su esbeltez en la ventana llena de claridad. Hoy, a media tarde, había también llovido, pero la lluvia —lluvia típica de mayo— no había hecho más que barrer de nubes el cielo y cuajar de diamantes las ramazones. Más sonora y más diáfana la atmósfera después, se iban tendiendo por la creación en efluvios invisibles los aromas y hasta de muy lejos —quizás del horizonte ondulado, quizás de las aguas del río—, venía un runruneo vago de

[125] Enrejado o espaldar que se pone en los jardines para ayudar a las plantas a subir o enroscarse.

voces y de rumores. Lluvia de mayo también este llanto que llenaba sus ojos. Más sonora y más diáfana hoy su alma, barrida de penas, recogía perfumes y cadencias y se henchía, igual que la tarde ésta, de toda belleza.

Era porque él llegaba…

¡Cinco años! ¡Cinco años en Manila! No habían sido tan malos. Casi podía decir Alberto que no los había sentido pasar. Alguna vez, sobre todo en los comienzos, la añoranza del hogar pueblerino le llenó de sutil melancolía el alma. Pero tenía el alma joven y sobre ella resbalaban las penas muy pronto.

¿Estela? ¿La novia buena que se había quedado, esperando en el pueblo?

Sí. Era un recuerdo dulcemente angustioso. O mejor, una serie de recuerdos. La casita con su cerco de caña y su techo de *nipa*, los amaneceres en la loma, la quietud murmurante del río. A costa de cualquiera cosa, hasta de esta toga negra, azul y roja que se traía, como reliquia sagrada, en la maleta, hubiese querido tener en suspenso la vida en cualquiera de aquellos momentos y en cualquiera de aquellos paisajes, de tal modo que la muerte, si alguna vez llegaba, les sorprendiese a los dos así, sin envejecer, colocados fuera de la medida del tiempo. Pero no pudo ser y él, empujado por la vida —la vida, en constante movimiento— se tuvo que marchar camino de la ciudad para sus estudios.

Hoy volvía…

¿Enamorado aún? ¿Leal al recuerdo de la novia ingenua y buena?

Ni él mismo lo sabía. Nunca se había atrevido a una franca confesión consigo mismo, cobarde ante lo que hubiese de ser, alma adentro, o una afirmación o una negación del viejo cariño. Más bien se había dejado llevar del curso de los días, escribiendo a

veces, pero sin ahondar, sin analizar. A su vez, recibía cartas que lo hacían feliz, porque traían el perfume de tiempos y lugares que se iban alejando. Y semanas atrás, cuando tuvo su diploma final en la mano —ya un profesional, pero tan nueva la sensación que tuvo que mirarse al espejo, para convencerse—, lo primero que pensó fue que debía retornar al pueblo. Había sido inmensamente feliz, en aquellos momentos. Pero en su felicidad no había la emoción sutil de la angustia ante lo que se ha perdido por mucho tiempo y se vuelve a encontrar.

Alberto hubo de conjeturar mucho y hasta hoy, ya en pleno viaje de retorno, cavilaba todavía.

¿Era la suya lealtad al cariño o lealtad al recuerdo nada más?

Estela, muy bella, muy buena. Pero por sobre su imagen, se destacaban más la casita del cerco de caña, la loma verdeante, la honda sonoridad del río. En estos recuerdos y en estos paisajes se había posado su alma —inmóvil a través de todo este tiempo, como si el tiempo hubiese sido un enorme reloj sin cuerda-. ¡Diera cualquier cosa porque también se hubiese posado, en la misma inmovilidad —la lealtad no es más que la ausencia de movimiento— en este viejo cariño al que ya temía! …

Quedaron mudos, callados. En la tensa emoción del instante, no pudieron decir los labios lo que expresaban los ojos. Estela, mujer al fin, sólo se acordó de llorar y Alberto, ya hecho a las cosas de la ciudad, pero miedoso de los hábitos del pueblo, no supo si ir a enjugar las lágrimas con un beso o bien, echarse sobre una silla cualquiera hasta que pasase el turbión.

Y el hombre, en aquel momento de vacilación, vio escrita la revelación como si Dios, en un gesto de piedad para ambos, le hubiese abierto de pronto el alma a la plena claridad de sus sentimientos.

¡No la amaba ya! ¡No la amaba como cinco años atrás!... Porque la verdad —palideció Alberto ante la lógica brutalidad de los hechos—, de amarla todavía, la hubiese tomado en brazos, triunfante sobre todo hábito de ciudad o de pueblo, y le hubiese secado los ojos a sorbos de besos y hubiese estampado en su boca la afirmación categórica de su cariño renovado.

Se sentó, mientras Estela, para ocultar su debilidad, se metía en el cuarto. Tras de su figura, un poco tronchada ahora por la cabeza gacha en gesto de enjugar el llanto, fueron los ojos del hombre que se llenaban de melancolía. ¿Por qué no? Lo sentía. A pesar suyo, hubiese preferido la lealtad al cariño a esta lealtad que era claramente sólo lealtad al recuerdo. Tendría que ser cruel. En su afán de nobleza, no tendría alma para mentirle amorosa a esta pobre muchacha. Trataría de explicarse, de hacerse comprender... Pero...

Se levantó, se asomó a la ventana. Cerró los puños con ira. ¿Por qué iba a ser así la vida, tan mala? ¡Qué sacaba él de aquella loma que se erguía, ni de este cerco cuajado de *cadenas de amor*, ni del río que cantaba no sabía él qué canciones allá a lo lejos, si al fin y al cabo, ya no podía verlos tal como los embellecía el viejo Amor que acababa de revelarse trágicamente, definitivamente muerto!